

***Una revista española en la crisis europea de Entreguerras:
Notas sobre la Revista de Occidente (1923-1936)***

*A Spanish journal in the European crisis between the wars:
Notes on the Revista de Occidente (1923-1936)*

José Lasaga Medina
UNED

Hay obligación de trabajar sobre las cuestiones del tiempo.
Ortega

Resumen: En este artículo, se sitúa la trayectoria de la *Revista de Occidente* en el contexto de la evolución filosófica de su fundador y, por tanto, de la circunstancia cultural española y europea en las décadas veinte y treinta del siglo XX durante las cuales se publicó la revista. Así que se describen el proyecto intelectual para el que fue concebida, los temas que trató, los colaboradores que intervinieron y los resultados que logró.

Palabras clave: Ortega y Gasset, modernidad, razón vital, crisis, vanguardias, ensayo, intelectuales

Abstract: This article places the trajectory of the *Revista de Occidente* in the context of the philosophical evolution of its founder and, therefore, of the Spanish and European cultural circumstances in the twenties and thirties of the twentieth century during which the journal was published. Thus, it describes the intellectual project for which it was conceived, the subjects it dealt with, the collaborators involved and the results it achieved.

Keywords: Ortega y Gasset, modernity, vital reason, crisis, avant-gardes, essay, intellectuals

1.- Descripción del proyecto

El momento que Ortega eligió para publicar una revista dedicada exclusivamente a presentar a sus potenciales lectores las novedades culturales que se producían en el mundo, especialmente en el occidente aludido en su título, fue sintomático de lo que vendría después, que, lógicamente, permanecía oculto. Los síntomas solo se dibujaban en el horizonte para aquellos que supieran leerlos. Ortega se creía uno de ellos. Años después, José Gaos escribirá un extenso estudio sobre la profecía en Ortega en el que se recogen las muchas de las que, por aquellos años, tan llenos de cambios y confusión, formuló en sus páginas¹. Lo esencial, empero, no eran las

¹ “La profecía en Ortega” (Gaos, 2013, 57 y ss.) En la sección titulada “Las profecías de Ortega” (81 y ss.) Gaos procede a hacer un recuento exhaustivo de las predicciones de todo orden que llevó a cabo Ortega en aquellos años en que su filosofía de la historia mostraba un grado de determinismo histórico, compatible con el hecho de que el historiador pudiera adelantar el futuro. A mi juicio, Ortega cambió pronto de parecer en cuanto al determinismo psicológico y cultural en los que cree hacia 1923, aunque siguió pensando que la “razón histórica” servía para evitar errores y hacer pronósticos. Téngase en cuenta la fecha de publicación del ensayo de Gaos, (1946-1947), cuando una parte sustancial de la obra de Ortega estaba sin publicar.

profecías puntuales sino su marco, es decir, el subsuelo sobre el que se gestaban los cambios en artes, política, filosofía, valores, etc. Ortega fundó *Revista de Occidente* para influir en ellos.

La crisis de fin de siglo había dañado muchas de las convicciones de las que había vivido el siglo XIX, sobre todo, la más querida: el progreso material y moral, lo que implicaba afirmar la superioridad de la civilización europea, una confianza irrestricta en el poder de la razón, en la seguridad de que sus ideas resuelven los problemas sociales. Todo eso perdió gran parte de su crédito hacia el Novecientos. La sociedad, la dimensión colectiva de la vida humana, se reveló como una realidad más problemática de lo presupuesto en el positivismo de Saint Simon o Comte, en la economía política de Marx o en el darwinismo social de Spencer. La palabra de moda era “pesimismo” y los héroes de la jornada se llamaban Schopenhauer y Nietzsche.

Para entender mejor el proyecto que inspiró *Revista de Occidente (RO)*, hay que tener en cuenta su rigurosa coetaneidad con *El tema de nuestro tiempo*, el primer libro en que Ortega actualiza su filosofía de *Meditaciones del Quijote*. Partiendo de una estructura semejante, el binomio vida/cultura, da al concepto “vida” un alcance nuevo, no solo distinto del usado allí sino incluso opuesto. Vida significa ahora espontaneidad, la fuerza emergente de lo que se resiste a llamar “instinto”. En una de las páginas centrales del *Tema* no duda en afirmar que “el racionalismo engendró en nosotros una vida doble”, que nos impide reconocer lo que “verdaderamente somos —la espontaneidad” (Ortega, 2004-2010, III, 591)².

La vitalidad nietzscheana parece inspirar la filosofía vital de este libro, por ejemplo, su descubrimiento de los valores inherentes al cuerpo y a la vida material, pero las ideas de Ortega van por otro camino: no quiere destruir la vida espiritual sino reequilibrar la balanza. Contra la utopía que niega todo valor al presente, defiende lo real, aun en sus limitaciones; pero también aspira a superar la exhausta espiritualidad de los excesos románticos y la confianza positivista en la razón. A ese programa de superaciones llama “razón vital”, una razón que se busca en el gesto opuesto a aquel que fundó la filosofía en Atenas. Si entonces Sócrates ironizó fingiendo que lo real se determinaba desde las definiciones del espíritu, Ortega sugiere ahora que las definiciones se sometan a un régimen de realidad. Se busca un método nuevo no tomado de la ciencia natural. Ortega no es positivista en absoluto. Busca, sí, una nueva ciencia, a la manera de Galileo, pero esa ciencia tiene que operar en el plano de las realidades humanas: culturas e historia. Esa ciencia nueva sería una antropología filosófica y su método, la fenomenología buscadora de intuiciones y evidencias. No puede sorprender que los filósofos más publicados en *RO* sean Simmel, Dilthey y Scheler y que Marx esté ausente³.

La razón vital exige muy pronto una filosofía de la historia distinta de las usadas en el XIX, no ingenuamente progresiva y sobre todo no determinista, reconociendo rupturas, pasos atrás (crisis), cambios imprevistos en función de lo que decidan hombres y naciones. A esa desconfianza en la gran fe idealista del siglo XIX hay que añadir su diagnóstico, inseparable de la visión de la historia insinuada más arriba, del fin de las revoluciones que pronostica en “El ocaso de las revoluciones”, epílogo que acompaña al *Tema*. El fin de la utopía no se debe a causas políticas o sociales sino filosóficas: el idealismo romántico y sus implicaciones políticas ha agotado su

² En lo sucesivo, las citas de Ortega, todas referidas a esa edición de sus *Obras completas*, se indicarán con el número romano del volumen y el árabe de la página.

³ No se pierda de vista que, en cambio, se prestó una extraordinaria atención al experimento político, económico y social que se vivía en la recién creada Unión Soviética. Véase la pormenorizada enumeración de los contenidos que dedico *RO* en sus distintas secciones a la Unión Soviética. Dentro del apartado “Sociología”, López dedica la sección 5 a “La Rusia soviética (1924-1933)” estudiando los textos que aparecieron sobre el asunto (López, 1972, 121-131). En literatura fueron publicados autores como Ehrenburg y Zamiatin.

inspiración. La propuesta que hace Ortega a su generación en ese libro con aire de manifiesto, el primero que escribe dirigiéndose a un público europeo, consiste en proponer el cambio de modelo de una razón que fracasó hace tiempo porque terminó en positivismo (subjetivismo cientificista) y en voluntarismo irracional (Nietzsche). En la estela de ese naufragio se gestan los dos sistemas de pensamiento que van a alimentar al siglo XX en sus crisis y en sus críticas: Marx y Nietzsche aportan, al mismo tiempo, las categorías de análisis y los instrumentos de superación, por no decir destrucción, de la visión del mundo heredada del siglo XIX. La fenomenología, la única verdadera innovación, en filosofía, en el siglo XX, será impotente para influir en los acontecimientos frente a las ideologías políticas que dominarán el llamado siglo de las revoluciones.

La razón vital se daba la tarea de anteponer la vida como realidad problemática a las construcciones ideales. No hay sujeto a priori de la Historia, ni siquiera Historia universal, idea exclusivamente europea, que hay que abandonar por una visión poliédrica de la historia y las culturas. No es casualidad que esta revisión de la filosofía de la historia vigente en el XIX coincida con su interés en temas de antropología social, atención a las “culturas sumergidas” que lo son por ser ajenas a las corrientes dominantes en Europa.

Además de *El tema de nuestro tiempo*, conviene tener a la vista algunos de los ensayos que Ortega publica justo después, algunos en su revista. Pienso, además de *Las Atlántidas*, el corto ensayo en que Ortega revisa la visión historicista del XIX comentado en el párrafo anterior, en, “Parerga. Reforma de la inteligencia” en donde Ortega plantea, me temo que con infundado optimismo, el surgimiento de una nueva minoría capaz de orientar la cultura y el ser mismo de los europeos hacia las nuevas ideas que comienzan a aflorar en artes y ciencias⁴. Abandonar la creencia en el progreso no significa condenarse a la repetición o consagrar el pasado. Su generación vive entregada, casi puede decirse que obsesionada por *lo nuevo*. No se repara lo suficiente en que la idea de progreso, inseparable en su versión moderna, de la idea de continuidad, es incompatible con las auténticas novedades, que presuponen en alguna medida, ruptura, emergencia de un “novum”. No será difícil hallar este entusiasmo hacia “lo nuevo” en los contenidos de la *Revista*.

Ante el hecho palpable de que el mundo estaba cambiando muy deprisa, no en sucesos sino en su arquitectura profunda: convicciones, valores, sentimientos, Ortega lanza su revista para saber “por dónde va el mundo” y poder orientar así a sus lectores –o al menos intentarlo–, lectores que, según Ortega, comienzan a experimentar la “penosa sensación de ver sus vidas invadidas por el caos”⁵. El término “crisis” no aparece en los “Propósitos” pero sí sus corolarios: confusión, oscuridad o desorientación, como acabamos de ver. La intención de crear “claridad, orden, jerarquía” en razones y valores solo se concibe sobre el trasfondo de una sospecha de crisis generalizada, cuyo sentido no se hacía manifiesto todavía. En 1923 muchos europeos, entre ellos Ortega, creen que la Guerra del 14 puede haber sido la ocasión para un nuevo renacimiento de Europa. También podría ser lo contrario: un suicidio en toda regla. La historia está abierta a las decisiones y esfuerzos humanos. No se comporta como una planta⁶. El aviso a navegantes de algunos

⁴ “El cosmopolitismo intelectual se afirma sobre la tierra, en significativo contraste con el fracaso del internacionalismo político” (V, 204). Ortega espera de este nuevo cosmopolitismo la reforma de los nuevos fundamentos culturales que superen los exhaustos del pasado siglo.

⁵ Esta y las siguientes citas pertenece a “Propósitos” texto publicado en el primer número de RO y recogido en OC III, 529 y ss.

⁶ La atención que se le prestó en RO a Spengler y su *Decadencia de Occidente*, no se basó únicamente en el impacto y oportunidad del libro, sino en que Ortega consideró su tesis central sobre la naturaleza y evolución de las culturas, errada, como su filosofía de la historia: “En el prólogo a la traducción de *La decadencia de Occidente*, la famosa obra de Spengler, he afirmado que las ideas de este autor, casi sin excepción, preexistían en el ambiente,

párrafos de *El tema*⁷ va en esta dirección, una llamada a la responsabilidad de su generación. Al cabo de un quinquenio, el optimismo inicial que todavía late en algunas de las páginas de comienzos de los 20, se transformó en la certidumbre de que Europa se encaminaba hacia una situación inédita y peligrosa que describirá con el título de su libro más famoso⁸.

La referencia geográfica en el nombre de la revista no es azarosa⁹. Ortega se propone incluir a América en la ecuación. Occidente es más que Europa. Acaso los pueblos jóvenes del otro lado del Atlántico estén en sazón para aportar respuestas.

Un último rasgo de los “Propósitos” que me parece importante comentar: Ortega sitúa la actividad de la Revista “de espaldas a toda política”. Lo que Cacho Viu (2000, 56) llamó la “astenia política” del fundador, se había dado antes. La Dictadura de Primo suponía una circunstancia objetivamente poco propicia para intervenir en política. “La política no aspira a comprender las cosas”. Esta cita del “Propósito” es una variación de otra mucho más enérgica, que escribió en su primer desengaño, allá por 1915, cuando abandonó la dirección de la revista *España* y salió del Partido Reformista. También entonces creó una revista, *El Espectador*, en cuyo primer texto de la sección “Confesiones”, “Verdad y perspectiva”, aun podemos leer la de un espectador que se propone “elevar un reducto contra la política para mí y para los que compartan mi voluntad de pura visión, de teoría” (II, 160).

Aunque se ha discutido hasta la saciedad si Ortega estaba en política, cuando lo estaba, por “vocación” o por deber o por una mezcla de ambos, no habrá forma de llegar a una conclusión clara: los asuntos humanos no admiten iluminaciones definitivas¹⁰.

Pero es un hecho que la *RO* se mantuvo al margen de la política incluso cuando, a partir de los 30 y de la llegada de la República en el 31, algunos de los colaboradores, incluyendo al propio Ortega, decidieron intervenir en los asuntos políticos del día. Creo que ello afectó poco a la revista, que siguió fiel a los temas y enfoques de sus primeros números, si bien merece recogerse la observación de López Campillo que apunta a que algunos colaboradores se habrían alejado de la revista por preferir otras actividades o publicar en otras revistas con las que estarían en mayor sintonía política: “existen otros colaboradores que desaparecen después de un periodo de colaboración lo suficiente largo como para que induzca a pensar que su retraimiento

aunque él haya sabido darles una expresión original, prominente y hasta un poco frenética. He aquí una prueba de aquella afirmación. El pensamiento capital del libro es considerar que las culturas son organismos independientes, y, a la par, los verdaderos sujetos históricos. Pues bien: antes de 1900 había formulado Frobenius pareja doctrina. En 1914, cuando aún desconocía yo la labor de este último, insinuaba una opinión parecida en las *Meditaciones del Quijote*. Sin embargo, ciertos puntos esenciales me separan radicalmente de ambos pensadores, como luego he de insinuar. Precisamente aquéllos que les conducen hasta un relativismo extemporáneo” (III, 760).

⁷ Ortega menciona en varias ocasiones la gravedad de la crisis que atravesaba Europa: “El hombre de Occidente padece hoy una radical desorientación” (III, 607). Pero subraya que el problema puede estar en el hecho de que “nuestra generación parece obstinada radicalmente en desoír las sugerencias de nuestro común destino” (III, 567).

⁸ Hablo de cinco años porque en 1928, Ortega da en La Argentina la primicia de *La rebelión de las masas*, su análisis del presente, en las conferencias que dicta en el otoño del 28 en la Asociación de Amigos del Arte de Buenos Aires. Las primeras publicaciones que en 1930 forman parte del libro, como “Dinámica del tiempo”, aparecen en *El Sol* en 1927.

⁹ Ignacio Blanco informa de una nota hallada en el Archivo de la FOM en la que se enumeran los nombres que se barajaron en la tertulia de La Granja del Henar de donde salió el título definitivo. (Blanco, 2023, 160).

¹⁰ Para saber lo que pensaba Ortega en los años 20 sobre hacer política, debe consultar el *Mirabeau* (1927) y luego relacionar el “Propósito” de *RO* con su diagnóstico de *La rebelión de las masas* (1930) y con la fundación de la Agrupación al Servicio de la República en 1931. Quien dedique a ello algunas veladas, verá que se trata de un asunto endiabrado.

tiene un significado preciso...”¹¹ y cita, entre otros a Francisco Ayala o a Giménez Caballero, a Alberti, Lorca, Machado o Rosa Chacel. Dicho significado guardaría relación con los acontecimientos políticos de la caída de la Monarquía y la llegada de la República. Y no tanto porque la revista y sus responsables, Ortega o Vela, hubieran cambiado el propósito de seguir de espaldas a la política, sino porque el signo de los tiempos exigiría de aquellos que dejaron sus páginas, politizar sus escritos. Es difícil, empero, ensayar un diagnóstico en todos los casos; cabría hacerlo a favor de la hipótesis de López Campillo en aquellos que desplegaron inmediatamente una actividad políticamente significada como Alberti y Ayala en un polo y Ledesma Ramón y Giménez Caballero en otro. Ortega siguió publicando sus contribuciones filosóficas en la revista, aunque ya en 1925 había vuelto a escribir, sobre todo en *El Sol*, artículos sobre la actualidad política de la nación¹². Además y en un orden que podríamos describir como “meta-político” o de “teoría política” Ortega recupera ya por estos años el tema comteano del “pouvoir spirituel”: dicho poder es decisivo en sociedades complejas y tiene que ser independiente de los vaivenes de la política, abierta desde la Revolución Francesa, a las formas cambiantes de la democracia y sus crisis. La secularización trasladó el problema desde la esfera de lo religioso a la de lo político: el clérigo se transforma en el “intelectual” de cuyas ideas y actitudes se espera orientación. Zola en Francia, Unamuno en España crean la función del hombre de letras que toma partido al margen de las instituciones de poder, dirigiéndose a la sociedad civil. Con la función social del intelectual, surgieron un tipo de publicaciones distintas de los periódicos—no pretenden informar—y de las publicaciones literarias o científicas especializadas. A ese tipo de publicaciones no muy numerosas en Europa pertenece Revista de Occidente.

Por eso comenta Ortega en la nota de “Propósitos” que el tratamiento de los temas tiene que diferenciarse del propio de los periódicos, asunto sobre el que volverá con mayor energía en “Misión de la universidad”, donde plantea a fondo el tema del “poder intelectual” y de la responsabilidad de intelectuales y profesores. Poco después de terminar *Rebelión de las masas* y de dictar la mencionada conferencia sobre la universidad, Ortega pensó en redactar un escrito titulado “Discurso de la responsabilidad intelectual”¹³. Seguramente habría guardado afinidades con el famoso *Le trahison de clerc* (1927) de Benda, reseñada por Benjamín Jarnés en 1928. Hispanistas como Thomas Mermall y Victor Ouimette han señalado coincidencias entre ambos¹⁴.

¹¹ López, 1972, 75. El politicismo integral, para decirlo con una expresión de Ortega, hizo acto de presencia conforme avanzaron los 30 y no solo en España. Prueba de ello es que una nota, Sociología de la crisis, de Fernando Vela sobre un ensayo de Karl Mannheim es contestada desde una revista comunista valenciana en la que aparece un fotomontaje de Renau donde un número de RO aparece superpuesto a una cruz gamada. Conviene recordar que alguien tan señalado políticamente como Miguel Hernández publicó en el penúltimo número de la RO en 1936. Véase Bonet, 2023, 141.

¹² En 1925 publica tres series: “Vaguedades”, “Entreacto polémico” y “Maura o la política” a raíz de la muerte del político conservador.

¹³ Aunque no llegó a escribirse, sí fue un tema sobre el que Ortega volvió una y otra vez después de la guerra española. Por señalar solo un ensayo muy conocido, en “El intelectual y el otro” aparecen las ideas centrales de Ortega sobre ese espinoso asunto de la responsabilidad pública del intelectual. (V, 623 y ss). La noticia de la redacción del “Discurso” estando Ortega ya en París en su correspondencia con Victoria Ocampo (Ortega-Ocampo, 2023, 358)

¹⁴ En el prólogo a su edición de *La rebelión de las masas* (Mermall, 1998, 40) menciona la coincidencia del diagnóstico sobre Europa formulado en sus páginas con la de otros intelectuales del momento, como Valéry, Eliot, Jaspers o Benda. Ouimette escribió un ensayo titulado “La política de Ortega y *La trahison des clercs*” en donde atribuye a Ortega y a Benda

Fue una buena época para las revistas literarias y de todo tipo, en España y en Europa. La de Occidente no fue la primera que intentó Ortega. Dejando de lado las fundaciones fugaces de su juventud, en 1915 se crea la revista *España* que Ortega concibe, organiza y dirige, aunque por poco tiempo. El éxito de RO la convirtió, en España, en la más consolidada en el tiempo de entreguerras, no solo por su larga vida, comparativamente hablando, sino por la calidad y solidez de sus trabajos. Poco antes Azaña había fundado *La Pluma*, que duró tres años, entre 1920 y 1923. Desapareció cuando Azaña fue llamado a dirigir el semanario *España*. Había revistas confesionales como *Acción Española* vinculada a los conservadores de Ramiro de Maeztu y *Leviatán*, dirigida por Luis Araquistain, antaño cercano a Ortega y ahora enfrentado a su liberalismo incondicional desde posiciones marxistas estrictas. Más afines a RO fueron dos fundaciones posteriores, que compartieron redactores y motivos: *La Gaceta Literaria* de Giménez Caballero aparece en 1927 y *Cruz y Raya*, en 1933, creada por José Bergamín. Se dijo que esta nació contra RO pero las coincidencias de temas y de escritores indican todo lo contrario¹⁵. De los colaboradores de *La Gaceta*, suelen decir los historiadores del periodo que surgieron dos revistas más políticas que literarias, acorde a la evolución de los tiempos: *La conquista del Estado* (1933) de Ledesma Ramos, ya escorado hacia el fascismo, título inspirado en el famoso panfleto de Curzio Malaparte y *Octubre*, de orientación bolchevique, como su nombre indica.

Las revistas europeas más afines al estilo de la de Occidente fueron *La Nouvelle Revue Française* de Gide, *The Criterion* de T. S. Eliot y la *Neue Rundschau* dirigida por el gran amigo de Ortega E. R. Curtius¹⁶.

Puede decirse que en torno a la revista se tejió una verdadera red intelectual, para servirnos de ese concepto, prestigioso hoy en sociología del conocimiento. En ella convergían profesores y estudiantes de la Facultades de Filosofía y Letras, al menos de Madrid, los miembros de la tertulia que todas las tardes se celebraba en los locales que la revista tenía en la Gran Vía y las editoriales que publicaban algunos de los libros de los que luego se hablaban en sus notas y artículos, primero la editorial Espasa Calpe, algunas de cuyas colecciones dirigían Ortega o Morente, antes de que la revista creara las Ediciones de Revista de Occidente en 1924.

2.- Estructura de la revista. Las grandes líneas de atención

El principal de cada número lo constituía los artículos de mediana extensión, que podían ser adelantos de libros de próxima aparición, cuentos, fragmentos de novelas o de obras de teatro, poemas o reproducciones de obra plástica comentadas. A esta primera parte le seguía una sección titulada “Notas” que recogía reseñas de libros, muchos de ellos publicados por la editorial de la propia revista, que se fundó al año siguiente de su aparición. Había una tercera sección, quizá la más original, titulada “Astéricos”. Aquí se trataba de entradas breves o muy breves, algunas de apenas unas líneas donde se comentaban noticias del mundo cultural aparecidas en otras publicaciones, observaciones sobre lecturas del redactor. Los “Asteriscos” no siempre iban firmados. Con la evolución de la revista fueron cada vez menos

una visión común en la tarea del intelectual: cuidar la responsabilidad moral cuando se dirige a la sociedad. (Ouimette, 1985, 88 y ss).

¹⁵ Jean Becarud, en su estudio sobre *Cruz y Raya* la compara con RO: “Esta última, de orientación europea e incluso cosmopolita tuvo la ambición de hacer que penetrasen en España las principales corrientes del pensamiento de la época. *Cruz y Raya* (...) se esforzará en revalorizar la cultura propiamente española” (Becarud, 1969, 12).

¹⁶ Para una adecuada contextualización de la RO en las revistas europeas de su tiempo, véase “*Europäische revue* y el “Premio literario de las revistas europeas” (1929-30) un proyecto cultural fallido” (Garbisu, 2019).

frecuentes, hasta que prácticamente desaparecieron, quedando entonces la Revista articulada sobre los artículos y las notas-reseñas.

No hay que olvidar una de las señas de identidad de la publicación: la viñeta de la portada. Ortega encargó las que aparecieron en los primeros números a Rafael Barradas, “pintor vibracionista uruguayo afincado en Madrid” (Bonet, 2023, 19) gran colaborador de las revistas ultraístas. El motivo de los primeros números fueron los doce signos del zodiaco, razón por la que en el primer número, julio de 1923, lucía un león en el centro de la portada. Le sustituye Bores en 1924; a mediados de 1926 Carlos Sáez de Tejada pasa a ser el viñetista y un año después José de Almada Negreiros, pintor relacionado con Fernando Pessoa y por entonces residente en Madrid; desde 1928 el pintor polaco Wladyslaw Jahl, pintor de la revista *Ultra*, sustituye a Almada; en 1931 se hace cargo de la ilustración Maruja Mallo, sustituida por el grafista polaco Mariano Rawicz. En 1935 se incorpora a las viñetas Ricardo Fuente; poco después regresa Maruja Mallo que será la viñetista hasta el penúltimo número en que la tarea le será encomendada a Norah Borges.

Remitiéndonos al estudio, aún imprescindible, de López-Campillo, la atención de los editores de la Revista primó el ámbito de la literatura y las humanidades, en el sentido amplio que dio Ortega al concepto algún tiempo después, lo que incluiría la filosofía. Las ciencias naturales, especialmente la física y la biología quedaron atendidas en las novedades que entonces se producían y que la Revista cubría a ser posible con textos de sus creadores. Así Einstein o Heisenberg aparecen en sus páginas con fragmentos de alguna de sus obras que además eran reseñadas o presentadas por colaboradores de la revista como el físico Blas Cabrera. Igual trato para los autores de las nuevas tendencias en biología, como Uexküll del que se ocupó Vela en el primer número. Pero, sin duda, los saberes más atendidos fueron la psicología y la sociología, incluso por encima de la filosofía y probablemente en paridad con la Historia, orientada sobre todo hacia lo contemporáneo. Así, encontramos bastantes entradas sobre los libros y noticias que llegaban de la Rusia soviética, sobre la sociedad norteamericana, en general, y crisis económica de EEUU a raíz del “crack” del 29. La historia de España estuvo permanentemente atendida en las publicaciones de o sobre el magnífico elenco de historiadores, encabezados por Menéndez Pidal, Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Ramón Carande y en el plano europeo, el holandés Huizinga, muy activo por aquellos años, cuyo magnífico libro *El otoño de la Edad Media* fue publicado por la editorial y reseñado inmediatamente. Mencionemos también al clásico Jacobo Burckhardt del que se publicó un extracto de “La democracia en Atenas”.

En el apartado de la sociología identificaremos mejor sus contenidos por los temas a los que dio preferencia, antes que por los autores, aunque no faltaron los más ilustres, como Weber, Sombart, Mannheim o el norteamericano Lewis Mumford, que entonces comenzaba a ocuparse de un asunto llamado a tener mucha relevancia en el futuro, la filosofía de la técnica, del que se publicó “Asimilación de la máquina”. Dichos temas fueron los siguientes: las diferencias entre oriente occidente, la sociedad española, la sociedad industrial después de la crisis del 29, el capitalismo de monopolios, racismo y nazismo, el intelectual en sociedad, etc.

La psicología está presente en relación con los temas que preocupaban a la época y a Ortega. Así, podemos mencionar la teoría psicoanalítica freudiana, de quien se comenta muy pronto su interpretación de los sueños y otros escritos de su producción; también la doctrina del inconsciente colectivo de Jung, del que aparecieron varios escritos. Algunos de los autores como Kretschmer y Spranger han envejecido mal, pero en su momento hicieron contribuciones que parecían relevantes para esa ciencia que Ortega andaba buscando y a la que bautizó en un texto publicado en la revista como “ciencia del conocimiento del hombre”. Le interesaba aquellos temas en los que la “razón pura” no podía entrar pero que podían ser porosos a una nueva “razón vital”: el amor, las relaciones entre los sexos,

la importancia de la edad en los procesos históricos, el carácter personal, la fenomenología de los sentimientos¹⁷, y la, por entonces, incipiente psicología animal que aún no se llamaba “etología”. Entre los colaboradores más asiduos podemos citar a los médicos y psiquiatras amigos de Ortega como Gregorio Marañón, Gustavo Pittaluga, Gonzalo Rodríguez Lafora. José M. Sacristán, entre otros. López destaca algunas colaboraciones como la noticia sobre las tendencias eróticas en el Berlín de comienzos de los treinta que envía M.J. Kahn, un escritor alemán instalado en Toledo, o la contribución de la joven novelista Rosa Chacel, en la estela del “ordo amoris” de Scheler, a los “problemas prácticos y actuales del amor”.

Literaturas

Aunque es posible que la mayor originalidad de la Revista esté en el ensayo filosófico o de pensamiento y en la atención a las novedades científicas, su dimensión como revista de artes y sobre todo de letras no puede ignorarse. Aunque sea telegráficamente, mencionaré a continuación las principales aportaciones que hizo la revista.

a) Biografía

Sea porque la novela había entrado en una crisis después, de los grandes realistas rusos, franceses y españoles, sea porque las nuevas técnicas hacían se inclinaban a novelas cada vez más alejadas del sentido común y por tanto, de la sensibilidad mayoritaria (Proust, Joyce, Kafka), sea porque la filosofía pregonaba el desplazamiento desde los asuntos de la razón hacia los de la vida, la vida concreta y humana, el caso es que la biografía experimentó un renacimiento en Europa desde el comienzo de siglo al que fue muy sensible nuestra revista. No se olvide que la psicología, gracias al psicoanálisis y su descubrimiento del inconsciente y la psicología experimental, desplazaron a la sociología: lo social quiso tener la última palabra sobre los asuntos humanos desde mediados del siglo XIX. Pero en el XX, lo individual, el misterio de la subjetividad, se convirtió en el centro de lo humano.

Como hemos apuntado, la gran novela realista mostró hasta dónde puede llegar la complejidad de la intimidad de los personajes sometida a estudio y observación. Había llegado el momento de probar a hacer literatura con las vidas reales. Eso es lo que pensaron al mismo tiempo Stephan Zweig, Lytton Strachey, André Maurois o Emil Ludwig, por citar a los autores que más influyeron en la práctica de la biografía, que se inició en España a mediados de los 20, animada desde la recién aparecida *Revista de Occidente* y con la influencia teórica que ejerció Ortega, quien dirigía, incluso antes de crear la editorial de la revista, algunas colecciones de la editorial Espasa-Calpe, entre ellas, las «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX», (Serrano, 2002, 12), en las que escribieron biografías muchos de los colaboradores de la *Revista de Occidente* como Espina, Jarnés, Marichalar, que reseñó el ensayo de Lytton Strachey, *Victorianos eminentes*, Díez Canedo, Gómez de la Serna, el mexicano Torres Bodet, etc. Francisco Ayala, Rosa Chacel y María Zambrano se interesaron vivamente por los aspectos teóricos de la literatura biográfica y autobiográfica, redactando notas sobre las biografías que iban apareciendo. El más prolífico autor de biografías, extensas, como las dedicadas a Goya, Valle Inclán o Quevedo o más breves como los deliciosos retratos, de la serie “Efigies” sobre Baudelaire o Nerval, fue Ramón Gómez de la Serna. Fueron también notables biógrafos, Antonio Espina con la muy celebrada biografía de *Luis Candelas, el bandido de Madrid*, o Benjamín Jarnés autor de *Sor Patrocinio, la monja de las llagas*. No debemos olvidar en esta somera enumeración a Gregorio Marañón y sus

¹⁷ Merece la pena citar por original en su tema y rigor en su descripción fenomenológica del sentimiento de asco el ensayo de Aurel Kolnai, “El asco” que apareció en dos números consecutivos de 1929.

monumentales biografías. Citemos *El conde duque de Olivares o la pasión de mandar*, pero esa producción no estuvo vinculada a la RO. Ortega decidió también aventurarse en el género de la biografía con sus famosos ensayos sobre las vidas de Velázquez, Goya, Luis Vives y alguno más. Desde que elaboró el concepto de “vocación” como centro oculto del sentido de una vida, nuestro filósofo aportó una nueva forma de concebir la biografía en la que los hechos y los documentos cuentan menos que la interpretación del personaje que cada cual aspira a ser en su existencia.¹⁸

b) Literaturas española e hispana

Se prestó atención tanto a los clásicos como a los contemporáneos con una sensibilidad especial hacia las vanguardias, sobre todo en los 20. Entre los primeros mencionemos solo algunos hitos: el trabajo de Américo Castro sobre Cervantes, de Alfonso Reyes sobre Espronceda, De Pedro Salinas sobre Feijoo, o del hispanista alemán Karl Vossler sobre Gracián. Respecto de la actualidad, hay dos eventos que destacan: el homenaje a Mallarmé en los cinco minutos de silencio en el Jardín Botánico de Madrid a propuesta de Alfonso Reyes, en el que participan destacados escritores españoles como Eugenio D’Ors, Bergamín, José Moreno Villa, el cubano José M. Chacón... Y el propio Ortega. Y el mucho más sintomático de la celebración del centenario de Góngora que tuvo, además, del significado de reforzar la identidad de grupo generacional de los poetas jóvenes —del 27—, el de marcar la diferencia con las anteriores generaciones. Unamuno, Valle Inclán o Juan Ramón Jiménez no participaron, aunque fueron invitados. Ortega escribió sobre Góngora, pero sin compartir el entusiasmo de los jóvenes.

Dejando de lado las aportaciones sobre la biografía, ya comentadas, y el ensayo filosófico, que analizaré en otro apartado, cabe concluir que RO prestó mucha más atención a la actualidad en poesía y narrativa que al pasado. Dicho rasgo se acentúa si lo comparamos con las dos revistas que surgieron después, en cierto modo en la estela de la nuestra: *Cruz y Raya* y la *Gaceta literaria*. Ambas, especialmente la primera, prestó más atención al pasado literario español, especialmente al Barroco, al Siglo de Oro.

Los más favorecidos, como ya se ha dicho, fueron los miembros de la Generación del 27, que hallaron en sus páginas la ocasión de dar a conocer poemas, prosas y críticas de otras literaturas. Guillén, Salinas, Diego, Alberti, Cernuda, Dámaso Alonso publicaron en la Revista. También el chileno Pablo Neruda, futuro premio Nobel, por entonces instalado en Madrid, al igual que el otro Nobel del 27, el joven Vicente Aleixandre que también publicó algunos poemas como “La destrucción o el amor”. Y no faltó García Lorca que dio a la revista el que, según su amigo Guillermo de Torre, es el mejor poema que se publicara en ella: “Oda a Salvador Dalí” en 1926; su primer libro *Romancero gitano*, fue publicado por la editorial y debidamente comentado en la revista por uno de sus habituales, Melchor Fernández Almagro.

Hubo debates teóricos con las tendencias europeas y debates internos; uno, muy sonado, sobre poesía pura; otros sobre la dependencia de los modelos poéticos franceses, sobre la “falsedad” de las vanguardias europeas en donde algunos críticos detectaban mucha pose en su afán de destrucción del pasado y escasa calidad poética. También hubo revisión de los clásicos y distancia con los creadores de las generaciones anteriores, como Machado y Juan Ramón Jiménez, ambos muy activos y el primero, presente en la Revista: en 1923 publicaba su “Cancionero apócrifo” y en 1931 “Proverbios y cantares”, además de algunas prosas y otros poemas.

¹⁸ Estas notas se basan en mi estudio *(Auto)Biografía en la Escuela de Madrid*. Véase la sección “La biografía en el contexto cultural de la Revista de Occidente 1923-1936” (Lasaga, 2023, 224 y ss.).

La influencia de la RO en la América hispana fue mayor que las contribuciones de escritores de allá que acogió en sus páginas, a pesar de que en su propósito se citaba expresamente su apertura al resto no europeo de Occidente. Dos mexicanos, Alfonso Reyes, instalado en España desde 1914, que ya había escrito para *El Sol* y Torres Bodet también residente, que colaboró en bastantes ocasiones; Borges y Girondo, poetas, Eduardo Mallea y Ricardo Güiraldes, novelistas, representan la parte argentina. En 1931 Victoria Ocampo fundaría en Buenos Aires la revista *Sur*, cuyo título, al parecer le fue sugerido por Ortega en conversación telefónica. Ocampo tiene tres presencias en RO, una de ellas es una selección de “Cartas a Virginia Woolf”. Añadamos al ya citado Pablo Neruda, chileno y a Barradas, el ilustrador de algunos números de la revista, uruguayo. En 1927, Guillermo de Torre, casado con Nora Borges, a caballo entre Madrid y Buenos Aires, presentó el *Índice de la nueva poesía americana* de Alberto Hidalgo, con prólogo suyo y otros dos de Borges y Huidobro”, según refiere Bonet (2023, 73).

c) Literaturas europeas y norteamericana

Una enumeración análoga a la que acabamos de hacer resultaría ciertamente innecesaria si tenemos en cuenta que cabe resumir la presencia de la literatura internacional en RO afirmando que recogió en sus páginas prácticamente todas las grandes creaciones que surgieron en los años de vida de la revista, e incluso en años anteriores. Una somera enumeración bastará para advertir que no hay exageración en lo que vengo de afirmar: Kafka estuvo presente con cuentos tan destacados como *La metamorfosis* o *El artista del hambre*; se dio noticia del *Ulises* de Joyce y se tradujo y comentó *El retrato del artista adolescente*; Goethe mereció por su centenario el único monográfico que editó la revista; de Rilke se adelantó un fragmento de sus *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*; Thomas Mann y Fran Werfel también publicaron. Aparecieron relatos de Conrad en varias ocasiones, y textos y reseñas de D H Lawrence, Aldous Huxley y Virginia Woolf; y del otro lado del Atlántico, de Hemingway, Faulkner y Dos Passos. De Italia hubo publicaciones de Pirandello e Italo Svevo, entre otras. Hubo también carencias. La literatura en lengua portuguesa estuvo prácticamente ausente. De *El viaje al fin da la noche* de Celine, aparecido en 1932, no se dio noticia. Y más llamativo es el hecho de que tampoco se diera de *Tierra baldía* de T. S. Eliot, ya que Antonio Marichalar tenía contactos con *The Criterion*, la revista que dirigía Eliot. Se da noticia de la importancia de Ezra Pound en la escena poética norteamericana en un artículo de Díez-Canedo pero no se publicó nada suyo. Tampoco se comentó la aparición de *Las elegías de Duino* del mencionado Rilke, con el que también tenía contacto Marichalar.

López dedica una sección especial a la literatura francesa, justificada en parte por la atención que recibieron sus autores; también por el hecho de que la cultura francesa gravitó sobre la española desde mediados del XIX, pero sobre todo desde el fin de siglo. No todo son elogios. Se apreció sin reservas a un Marcel Proust que había dado al mundo su *Recherche*, poco antes del nacimiento de la revista. Valery fue también publicado y apreciado, como Cocteau. Rimbaud y Baudelaire, así como otros clásicos recientes. De Mallarmé ya se ha hablado. Autores que entonces empezaban y que luego han tenido una influencia duradera como Henri Michaux y Saint-John Perse, Drieu de la Rochelle¹⁹, fueron descubiertos y estimados. Otros autores entonces apreciados como Paul Morand no lo fueron tanto. El surrealismo fue contestado y el dadaísmo ignorado. (Es verdad que había pasado su momento).

¹⁹ El notable novelista, suicidado en la cárcel después de terminada la Segunda Guerra Mundial, detenido por colaborar con los nazis durante la ocupación, fue en los treinta, íntimo de Victoria Ocampo. Conoció a Ortega y estuvo a punto de publicar en RO un capítulo de su ensayo *Ginebra o Moscú*, donde reflexionaba sobre el destino de Europa condenada a elegir entre una solución liberal o bolchevique.

Añadamos que el surrealismo fue cuestionado más por sus escándalos y posiciones políticas que por su literatura. Es imposible ignorar la simpatía de gentes como Dalí y Buñuel y otros muchos vanguardistas que podían sentirse cercanos a las gesticulaciones antiburguesas que se agotaron muy deprisa. López concluye que cuatro de los colaboradores más importantes, Jarnés, Espina, Marichalar y Vela se ocuparon del tema, coincidiendo en sus juicios: “les reprochan jugar con dos barajas, literatura y arte por una parte; tomas de posición política y social por otra”. Les reprochan una negatividad que se desentiende de sus consecuencias... (López, 1972, 210).

Filosofía

Ni la filosofía en general, ni la alemana en particular recibieron tanta atención como a veces se ha dicho. Además de Ortega y Morente, los filósofos que más publicaron fueron Simmel, al que encontramos en los dos primeros números con su estudio sobre la filosofía de la moda, Max Scheler, al que Ortega prestó mucha atención porque coincidía en sus búsquedas filosóficas de los 20 interpretando la salida del idealismo hacia una antropología filosófica y Guillermo Dilthey, precursor de la razón histórica. Otros filósofos alemanes que recibieron atención fueron Brentano, el maestro de Husserl, que sin embargo estuvo ausente de la revista. Heinz Heimsoeth, estudioso de la metafísica moderna (“Las conquistas del idealismo alemán”), cuyos libros se publicaron en la editorial y se recensionaron en la revista; Keyserling, hoy justamente olvidado, pero entonces muy editado y leído. George Santayana, el prestigioso filósofo afincado en Harvard, de origen español, publicó en dos ocasiones. También Kierkegaard fue presentado en alguna nota y publicado un fragmento de su estudio sobre la angustia.

Otras corrientes filosóficas recibieron atención. Por ejemplo, Hans Reichenbach, vinculado al Círculo de Viena, publicó dos trabajos y un joven Julián Marías, hacia el final de la revista, publicó una nota titulada “El empirismo lógico”. Se prestó atención a la filosofía de la técnica, a “La filosofía en la Rusia soviética” (Ivan Luppál), a “La situación presente de la fenomenología (Arnold Metzger), a la filosofía política de Carl Schmitt que colaboró en dos ocasiones, una de ellas con un artículo titulado “Hacia el Estado total”.

A partir de los años treinta, Ortega invitó a sus colegas de la reformada Facultad de Filosofía y Letras. García Morente, fue la excepción, presente desde el primer número y colaborador habitual con comentarios y reseñas, como la que dedicó a *El tema de nuestro tiempo* en el segundo número; o sobre Bergson, Freud, la famosa *Decadencia de Occidente* de Spengler, que tradujo para la editorial de la revista; o con trabajos originales como su “Ensayo sobre el progreso”. Por número de colaboraciones, citemos a María Zambrano con más de cinco, entre las que destacamos su reseña del estudio de Lou Andreas Salomé sobre la vida y el pensamiento de Nietzsche; mención aparte merece el hecho de que apareciera en las páginas de la revista un adelanto del ensayo en que Zambrano daba a conocer su filosofía, “Hacia un saber sobre el alma”²⁰; Xavier Zubiri colaboró hasta el cuatro ocasiones. El rigor de sus escritos no era muy apropiado para el tono ensayístico que predominó en nuestra revista. Quizá por ello se llevó a *Cruz y raya* la traducción y presentación de *¿Qué es metafísica?* De Martín Heidegger. Un joven José Gaos, recién llegado de Zaragoza contribuyó con un largo estudio sobre “La filosofía de Maimónides”. (Ya se ha comentado la aportación de Julián Marías, que, nacido en 1914, solo se licenciaría en Filosofía en junio de 1936, a punto de desaparecer la

²⁰ Los zambranianos se apresuran a contar el episodio del desencuentro de Zambrano con su maestro, cuando le dio a leer el ensayo en cuestión, que terminó con María saliendo del despacho de la RO desairada y llorando por la Gran Vía, pero omiten el detalle de que apareció en la revista inmediatamente.

Revista y aquella Facultad de Filosofía.). Otro discípulo que colaboró bastante fue Ramiro Ledesma Ramos²¹ que escribió sobre Bertrand Russell, Keiserling, Nicolai Hartmann, Hegel, entre otros; mencionemos el ensayo “De Rickert a la fenomenología”.

Fernando Vela, el secretario de la revista y el más íntimo colaborador de Ortega escribió bastante de filosofía, pero no solo. Suyas son las notas sobre Brentano, Croce, *Breviario de estética*, y *El hombre y la técnica* de Spengler. Merece la pena mencionar que en 1929 dio a la revista la noticia de “El curso filosófico de José Ortega y Gasset”, referido al luego relevante *¿Qué es filosofía?*, comenzado en la universidad y luego seguido en “la profanidad de un teatro”.

Si la presencia de Simmel o Scheler obedeció a la visión que Ortega tenía de la filosofía y de su futuro más allá del idealismo, sus aportaciones a la revista reflejaron la evolución de sus ideas en un momento muy sensible de su evolución. Simmel representaba el punto de partida de *Meditaciones del Quijote* con sus reflexiones sobre las relaciones entre vida y cultura, así como la ampliación de la razón a temas que había ignorado hasta entonces –la moda o el dinero valen como ejemplos sugerentes–; Scheler²² señala el camino que Ortega veía necesario seguir rehaciendo las teorías del conocimiento o éticas del deber como filosofías del hombre en su integridad afectiva, corporal, temporal, etc. Es razonable concluir que Ortega no envió textos ocasionales, sino aquellos vinculados a sus tarea filosófica: precisar las tesis de su filosofía en “Ni vitalismo ni racionalismo”; volver a Kant con ocasión de su centenario; buscar una integración entre filosofía y psicología para dar consistencia a esa nueva antropología de base fenomenológica en la que Scheler trabajaba y en la que Ortega confiaba como base para una nueva “filosofía primera”; exponer una nueva teoría de los valores que dé sostén a una ética más inspirada en la ilusión que en el deber; reflexionar sobre el arte nuevo; tomar postura, ya se ha dicho, sobre lo que debe y no deber ser la inteligencia, esto es, el instrumento intelectual por antonomasia en la solución de los problemas sociales²³. En los años treinta, Ortega envió a su revista dos ensayos de gran relevancia filosófica: “Pidiendo un Goethe desde dentro”, publicado simultáneamente en alemán en la *Neue Rundschau*, y “Guillermo Dilthey y la idea de la vida”, texto casi contemporáneo del programático “Historia como sistema” en donde Ortega se muestra ya en plena posesión de su metafísica de la vida humana como realidad solo accesible a una razón histórica. Ajustar coincidencias y diferencias con el gran precursor de dicha “razón histórica” era obligado para evitar equívocos, cosa que no consiguió.

3.- Los colaboradores

²¹ Ingresó en la Facultad de Filosofía con 21 años, en 1926, cuando ya disfrutaba de una notable formación autodidacta. Colaboró con RO desde 1929. Su progresiva radicalización política hacia el fascismo le llevó a alejarse de Ortega. Cuando este publicó su *Rebelión* le dedicó una feroz crítica que cabe resumir en la tesis de que Ortega no había entendido qué era el Estado moderno. Fundó un semanario titulado precisamente *La conquista del Estado*. Murió fusilado en Madrid por fuerzas republicanas incontroladas en octubre de 1936.

²² De Scheler se publicaron seis trabajos. Menciono La idea del hombre y la historia” (1926) y como escrito póstumo un fragmento de “El puesto del hombre en el Cosmos” (1929). Ortega publicó en la revista una sentida necrológica del filósofo alemán: “Max Scheler: un embriagado de esencias” (1928).

²³ Cito los ensayos en el mismo orden en que he mencionado los temas: “Kant 1724-1924. Reflexiones de centenario” (1924); “Conocimiento del hombre. Para una psicología del hombre interesante”. “Para una caracterología” (1926), fragmento de “Vitalidad, alma, espíritu” (1925) el texto en que Ortega desarrolla con más detalle su modelo antropológico; “¿Qué son los valores? Iniciación en la Estimativa” (1924); “Sobre el punto de vista en las artes.” (1924); “Parerga. Reforma de la inteligencia” (1926). En total, Ortega envió 23 textos, el último, “Misión del bibliotecario” (1935).

Me limitaré a mencionar a los más asiduos, los que dieron el tono a la revista: prosistas y poetas del 27, escritores del círculo de Ortega y escritores consagrados como Ramón Gómez de la Serna o ensayistas reconocidos como Corpus Barga o Guillermo de Torre. Finalmente, colegas de Facultad de Filosofía: García Morente desde el principio, Xavier Zubiri, María Zambrano más tarde, cuando se incorpore a la Facultad, así como Gaos, que contribuye solo una vez con un ensayo, como se ha dicho en la sección anterior; también se incorpora Julián Marías antes de obtener su licenciatura en filosofía en junio de 1936. Rosa Chacel que se declara desde muy pronto “discípula” de Ortega publica un adelanto de su primera novela *Estación ida y vuelta*. Francisco Ayala publica entre 1927 y 1931 numerosas colaboraciones centradas en el cine y la biografía. También reseña *Manhattan Transfer*, la novela de John Dos Passos, y una presentación del escritor soviético Iliá Ehreburg. Ambos visitarían España durante la Guerra Civil. Y un joven J. M. Maravall, procedente de la Facultad de Historia, se incorpora a la revista en 1933.

Por la frecuencia de sus colaboraciones y basándonos en la tantas veces citada López-Campillo, el colaborador más prolífico fue Benjamín Jarnés con 89 colaboraciones; le siguen Fernando Vela (55), Antonio Marichalar (54), Ramón Gómez de la Serna (33), presente desde el primer al último año (1923-1936), Corpus Barga (30), Sánchez Rivero (24), como Ortega y Ayala; Gerardo Diego es el poeta del 27 que más publica (22). Le siguen Pedro Salinas, Jorge Guillén, ambos con más de diez. El resto de los miembros del 27 han sido citados en el apartado anterior y sus colaboraciones fueron menos abundantes.

Aunque las tres generaciones literarias están presentes, la del 98, la del 14 y la del 27, la que predomina claramente es la más joven. Ortega es de los colaboradores de más edad y Baroja, Azorín, Antonio Machado, Eugenio D’Ors, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Menéndez Pidal dejan de colaborar muy pronto. Da la impresión de que Ortega les hubiera pedido el “favor” de que le mandaran sus escritos para prestigiar la publicación. López observa que fue una revista echa por jóvenes. Predominaron los escritores con menos de cuarenta años, “una publicación producida por una mayoría de gente joven, —escribe López— de unos treinta años y menos aún, y quienes no son personajes conocidos en el momento en que empiezan su colaboración en la revista” (LC, 1972, 73-74). La impresión que transmite la biografía de la revista es que, pensada para los jóvenes, estos se sintieron atraídos y llamaron a sus puertas que, cabe pensar, estuvieron suficientemente abiertas.

4.- ¿Podría hablarse de un “estilo” propio de la Revista?

Creo que cabe afirmar que hubo una marca de calidad en la revista, basada en los aciertos de su diseño, en su continuidad, en la fidelidad a sus temas y, sobre todo, en la constancia y buen hacer de sus colaboradores. Muchos de ellos coincidieron en una especie de espíritu de comunidad en gustos, valores y lecturas, gracias a una buena relación entre los *senior* de la Generación del 14 y los jóvenes del 27 y una apuesta clara por la calidad literaria, artística, teórica, por la novedad científica y por temas emergentes como la biografía, el futuro de Europa frente a los poderes emergentes de EEUU y la URSS y por otros más originales, incluso inesperados, como los estudios islámicos²⁴, con una perfecta indiferencia hacia las capillas y las ideologías políticas, cumpliendo fielmente los propósitos del fundador. Todo esto permite explicar su éxito, su sólida permanencia en el panorama español e hispano.

La tirada no era amplia, y, como refiere Vela, no terminaban de venderse los 3000 ejemplares, pero nunca le faltó el “succès d’estime” que seguramente hacía que

²⁴ De la biografía nos hemos ocupado antes. Merece la pena recoger, aunque solo sea mencionando los nombres de sus autores, el momento de esplendor por el que pasaban los estudios árabes gracias a las aportaciones de García Gómez, Asín Palacios, González Palencia, Massignon...

cada número tuviera más lectores que compradores. Fue nada menos que una guerra civil y dos diásporas²⁵ de las inteligencias que la hacían posible lo que explica su desaparición, como quien dice, de un día para otro.

López Campillo apunta a que sea probablemente la fidelidad a la forma “ensayo” lo que explica el sostenido equilibrio en su producción y la originalidad en temas y tratamiento²⁶. En épocas de crisis intelectual, cuando se está inmerso en un proceso de cambio de creencias —en el sentido que dio Ortega a este término, las convicciones que sostienen nuestro quehacer, como opuesto a las meras ideas, que van y vienen— el género que mejor se compadece con dicha situación es el ensayo. López sostiene que fue el género que predominó en tiempos de mudanza, como el Renacimiento o el siglo XVIII. El ensayo tipo de la revista puede describirse como “investigaciones conceptuales, a igual distancia del artículo erudito y del artículo de divulgación” (López, 1972, 80). A lo que cabría añadir que sus autores usarían simultáneamente recursos científicos y formas literarias, conceptos y metáforas, argumentos lógicos y analogías. En efecto, si la revista se proponía iluminar e informar antes que dogmatizar, la forma oblicua del ensayo, sugerir y no dictaminar, podía resultar mucho más eficaz. Al lector correspondería hacer el descubrimiento del valor —o disvalor— del objeto estético, literario o teórico que le mostraba la revista.

Puesto que definir la esencia del género ensayo es muy difícil, dada su naturaleza fronteriza, cabría decir que “ensayo” es cualquier escrito que tenga semejanza en forma e intención con lo que escribió Montaigne. A lo que cabe añadir la precisión que introdujo Ortega en el prólogo a *Meditaciones del Quijote* cuando lo definió como “la ciencia, menos la prueba escrita” (I, 753). Queda mejor captada la intención del escritor de ensayos, sobre todo si son filosóficos, si citamos la descripción de lo que entiende por “salvaciones” unas páginas antes: “dado un hecho —un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor—, llevarlo por el camino más corto a la plenitud de su significado” (I, 747). Y aclara pocas líneas después: “La «salvación» no equivale a loa ni ditirambo; puede haber en ella fuertes censuras. Lo importante es que el tema sea puesto en relación inmediata con las corrientes elementales del espíritu” (I, 748). Ya que muchos de los colaboradores de la revista, sobre todos los más jóvenes se habían formado en la prosa ensayística del *El Espectador* y en las publicaciones donde escribieron las generaciones europeas del fin de siglo y la del 14, no es difícil concluir que, sin menoscabo de la originalidad de cada uno de los escritores enrolados en el viaje de la revista, ser minoría, fuera para ellos un reto y una invitación. El instrumento más eficaz para llegar a los lectores de la revista que también aspiraban a ser parte de la minoría fue, sin duda, el ensayo, cuya tarea de formación podría resumirse en el siguiente aforismo de Curtius: “La recepción es el requisito de la percepción, y esta conduce a la concepción” (Curtius, 1989, 386).

Cien años después de su fundación, la exposición que conmemoró el año pasado en la Biblioteca Nacional de Madrid la trayectoria de la *Revista de Occidente* en su primera época se llamó *Revista de Occidente o la modernidad española*. Puede que

²⁵ Hablo de dos emigraciones políticas provocadas por la guerra civil, la primera en el verano de 1936, que afectó a Ortega y a muchos colegas de la Generación del 14 y del 98, como Baroja, Azorín, el físico Cabrera, el médico Lafora, Marañón y un largo etcétera; y la que luego padeció, al final de la contienda, el grupo de los que habían permanecido fieles a la República como Espina, Jarnés, Domenchina, Zambrano, Chacel, Gaos y otro no menos largo etcétera.

²⁶ En algún lugar dice Alfonso Reyes que en el ensayo cabe todo. Para ilustrar este aserto basta con elaborar la lista de los temas tratados por Ortega en los volúmenes del *Espectador* o sobre los que escribió Vela en RO. Improvisó esta segunda: las nuevas ideas biológicas, estética de Croce, una novela de Baroja, Pirandello, unas conferencias de Marichalar sobre arte moderno, cine, surrealismo, arqueología “El problema de la filosofía”, “El arte al cubo”, Brentano, Charlot, Spengler, antropología filosófica o sobre eugenesia y racismo. Esta enumeración no agota los temas sobre los que escribió Vela.

algunos hayan encontrado el título pretencioso, pero estoy seguro de que otros verán perfectamente resumido el empeño de los hombres y mujeres que hicieron posible la aparición, mes a mes, de aquella revista que, en efecto, supuso un antes y un después en la incorporación de España a la modernidad europea, justo en el momento en que dicha modernidad mostraba las primeras grietas anunciadoras del naufragio colectivo que estaba por llegar y que algunos venteaban ya en las formas caprichosas del arte y en las malas formas de la política. Quizá en las palabras finales de los “Propósitos”: *Hay en el aire occidental disueltas emociones de viaje: la alegría de partir, el temblor de la peripecia, la ilusión de llegar y el miedo a perderse.* (III, 536) se insinúe una sospecha.

Bibliografía

- Becharud, J., (1969). *Cruz y Raya (1933-1936)*. Madrid: Taurus.
- Blanco Alfonso, I., (2023). *Nací sobre una rotativa. Las empresas culturales de José Ortega y Gasset*. Madrid: Tecnos.
- Bonet, J. M., (2023). “Divagaciones occidentales: *Revista de Occidente* 1923-1936 mes a mes”. En *Revista de Occidente o la modernidad española*. Madrid: Biblioteca Nacional de España.
- Cacho Viu, V., (2000). *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Curtius, E. R., (1989). *Ensayos críticos acerca de la literatura europea*. Madrid: Visor.
- Gaos, J., (2013). “La profecía en Ortega”. En *Los pasos perdidos. Escritos sobre Ortega y Gasset*, Madrid: Biblioteca Nueva- Fundación Ortega-Marañón. Ed. de José Lasaga.
- Garbisu, M. (2019). “*Europäische revue* y el Premio literario de las revistas europeas (1929-30): un proyecto cultural fallido”. *Revista de Filología Alemana*, nº 27, 25-43.
- Lasaga Medina, J., (2023). “(Auto) Biografía en La Escuela de Madrid”, en López Vega y Juan Pablo Fusi eds., *Miradas. El género biográfico en español*, Madrid: Cinca, 201-259.
- López Campillo, E. (1972). *La “Revista de Occidente” y la formación de minorías*. Madrid: Taurus.
- Mermall, Th., (1998). Introducción y edición crítica de *La rebelión de las masas*, Madrid: Castalia, 7-92.
- Ortega y Gasset, J., (2004-2010). *Obras completas*, diez vols. Madrid. Fundación Ortega-Marañón-Taurus.
- Ortega-Ocampo (2023). *Cartas 1917-1941. Entre el corazón y la cabeza*. Buenos Aires: Biblos. Ed. de Marta Campomar
- Quimette, V., (1985). “La política de Ortega y *La trahison de clerics*”. Xalapa: Biblioteca Universidad Veracruzana.
- Serrando Asenjo, E., (2002). *Vidas oblicuas. Aspectos teóricos de la nueva biografía en España (1928-1936)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.